aunque se había quedado inmóvil, señalaba siempre sin embargo el porvenir. Su deuda la ha cumplido él, y por esto se inclinan ante su efigie de bronce hasta los precursores de una sociedad diversa de la que él creyó inmutable en sus reglas fundamentales. Feliz fué la idea del escultor de ponerlo sobre un pedestal ancho y muy bajo, casi á nivel del suelo, como para acercarlo á la gente que pasa, para confundirle con el pueblo al cual, en vida, fué tan familiar y querido. Al pasar al lado de su estatua, los obreros dirán todavía, como decían al verlo vivo:—Es el *doctor*,—y le sonreirán con la franqueza antigua. Y así, él tendrá la gloria que ha deseado más afectuosamente en medio siglo de trabajo honrado y de batallas fecundas.

SIMPATIA

Es esta una de las palabras más dulces de nuestra lengua; y el sentimiento que ella significa, tiene en la vida de cada individuo y en la vida social una grande importancia; porque muchísimos actos nuestros no son determinados más que por este sentimiento y la felicidad de innumerables criaturas humanas estriba únicamente en saberla inspirar. Pensemos cuantos favores y auxilios é indulgencias y preferencias, en todas las clases de la sociedad y en cualquier orden de cosas, no tienen más causa que la simpatía. El hada caprichosa, distribuye cargas y honores, habla al oído de los examinadores y de los jueces, elije entre pobre y pobre á quien ofrecer la limosna, á muchos sugiere el nombre del confesor y del

médico y del candidato, á veces apuntala la poltrona de ministros ineptos, y fuerza no pocas veces á la fama para que corone á los medianos, y con frecuencia también prolonga la caricia materna más sobre la cabeza de un hijo que sobre la del otro.

Ella es, ciertamente la que crea los Benjamines insolentes y las cenicientas infelices, quien dicta testamentos inícuos y críticas parciales y siembra envidias y celos en las escuelas, en los talleres y en los ejércitos; ella es quien, con demasiada frecuencia, nos hace anticipar demostraciones de estimación que luego nos vemos obligados á recoger, hacer promesas de que luego nos arrepentimos, y excusar debilidades y cerrar los ojos sobre errores y hasta proteger culpas; por lo cual la conciencia nos remorderá seguramente. Pero, en cambio, ella es también la que tiende entre los hombres próximos y remotos una trama infinita de relaciones benévolas las cuales se entrecruzan con aquellas otras ásperas y mudables de los intereses y muchas veces las suavizan ó las refuerzan. Ella es quien aproxima

y liga á los hombres de opuestos principios políticos, creyentes é incrédulos, poderosos y humildes, doctos é ignorantes; ella es quien improvisa las amistades, prepara el amor, estimula la caridad, enardece el arte, refina la cortesía, y ennoblece las almas en donde nace y aquellas á quien se dirige. Si alguna vez, nos induce al mal, no es por efecto de su propia naturaleza: en ella no hay más que el bien: el mal está en nosotros que de inspiradora la hacemos tirana, como del licor que alegra el alma hacemos el veneno que la pervierte.

*

Es viva, fantástica y pronta; se encuentran dos miradas, y surge. El trabajador de la calle que al oir el pisar de dos caballos levanta la cabeza del ingrato trabajo, para lanzar por los ojos el rencor contra el ocio señoril que se pavonea en coche, mientras él suda, serena de pronto la frente y cambia en el corazón apenas ve el semblante de la señora, cuya mirada serena y dulce, al pasar, se encuentra con la suya.—Simpá-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEX.

tica!—dice, y guarda para otros su rencor. El hombre ligero que visitando por vez primera un presidio, no experimenta otro sentimiento que de horror y repugnancia, ve de pasada entre cien caras torbas, una que en el acto le hace pensar allá en su interior, en un error de la justicia y hace vacilar en su mente el concepto estrecho y simple del delito, y despertará después en su corazón, siempre que le recuerde un sentimiento de curiosidad reflexiva y piadosa.

El niño que acaba de entrar en el colegio angustiado al pensar en la familia ausente, llorando á escondidas, ve entre los muchos que pasan á su lado un compañero, cuyo aspecto despierta en su alma un presentimiento de protección y de consuelo, que le corta las lágrimas y le hace pensar:—Ya no estoy solo.

Recogido en el hospital de una ciudad extrangera, oprimido por un sentimiento de soledad infinita, el pobre emigrado descubre entre las caras indiferentes de los que le curan y le asisten por obligación, un rostro desconocido que le hace pensar:—No

moriré abandonado; hacia él volverá desde aquel instante todos sus pensamientos, y á él será á quien llame con su mano temblorosa á su cabecera cuando sienta acercarse la muerte.

Y el viajero sorprendido, rodeado por multitud de salvages armados, en medio de aquel centenar de figuras inhumanas, hostiles y amenazadoras, advierte á primera vista un rasgo por el cual comprende que no todo es ferocidad en aquellas almas, que no hay que perder la esperanza; una mirada fija y oscura como la de los demás, que parece decirle:—No temas; también nosotros sentimos piedad; no morirás.—Efluvios instantáneos, chispas eléctricas, relámpagos de sol de la simpatía.

•

Y qué es lo que propiamente despierta la simpatía? No siempre, ni siquiera entre uno y otro sexo, sino muy rara vez, la belleza del rostro; en la cual casi siempre la expresión de la conciencia de sí misma turba ó esconde la de otros sentimientos

que llegarían á inspirarla. No siempre es tampoco la habitual expresión de la figura, puesto que la simpatía no se nos despierta en muchos casos más que por algunos rasgos particulares y fugitivos; no por la sonrisa, sino por ciertas sonrisas; por detalles del alma que pasan por los ojos, revelando un orden determinado de pensamientos, y casi por imprevistas trasparencias de la cara, que solo por un instante dejan ver dentro la bondad, la nobleza, la dulzura, ó también debilidades y defectos y pasiones que nos son comunes. Nace otras veces la simpatía por reflexión, por una semejanza vaga de ciertas personas con otras que nos son queridas, ó que nos lo fueron, ó del hecho de que ellas reclaman á nuestra memoria gentes y casos alegres de otros tiempos, ó fantasmas predilectos de nuestra imaginación, ó porque nos dan indicio de una originalidad de carácter amable ó placentero, que nos inspira curiosidad, como el título ingenioso de un libro. En el brillo de la púpila está, sin duda, principalmente la virtud que la mueve, en un rayo que nos va

derecho y límpido al corazón, de donde remonta y vuelve á salir por nuestros ojos; pero en gran parte también está en la boca, que tiene un lenguaje suyo propio de gestos y movimientos, independiente del lenguaje hablado, y que viene á ser como un comentario mudo, indefinido, pero eficacísimo de la expresión de los ojos. Y qué es este lenguaje? Misterio, como la virtud de la melodía. Cosa extraña! La experiencia nos enseña que no bastan treinta años de trato íntimo para llegar á conocer el fondo de la naturaleza de un hombre; y basta sin embargo la primera mirada dirigida hacia nosotros por un desconocido entre trescientos para hacernos decir:—Solo á éste, teniendo que elegir, confiaría yo mi secreto, le entregaría mi caudal, le confiaría mi hijo.—Maravilloso, más que toda maravilla del cielo y de la tierra, es el espectáculo que nos brindan estos innumerables espejitos vivientes, que reflejan los infinitos movimientos del ánimo y en los cuales basta una sombra, un guiño, un centelleo para atraernos como la promesa de un bien ó

para rechazarnos como la amenaza de un daño.

En cualquiera reunión de gentes desconocidas, al paso de una muchedumbre y por las calles todos los días, recibimos la impresión súbita de una ó de varias caras simpáticas, que el ojo discierne entre todas las demás como si resplandecieran. Hay en esto días afortunados, otros menos, y otros, al contrario; y no solo por efecto de la casualidad, ya se comprende, sino también por el distinto alcance que da al ojo el estado mudable del ánimo. Del encuentro que alguna vez nos ocurre, aun cuando sea este fugitivo, deriva el buen humor de todo el día. Algunos quedan impresos en nuestro pensamiento para siempre; otros vagamente bosquejados y por poco tiempo; los más se olvidan, y de varios de ellos permanecen en la memoria la impresión pero no la imagen, la hornacina pero no la estatua. Remontando nuestra vida hasta la infancia, encontramos todos en la mente un número mayor

ó menor de estas caras marcadas con un nombre ó anónimas, iluminadas únicamente ellas en medio de la innumerable multitud que pasa por delante, destacándose por lo general sobre el fondo de los lugares donde se nos aparecieron, en el teatro, en el tren, en un salón de la fonda, en la esquina de una calle; rostros de gentes de todas edades y condición, algunos de cuerpo entero, otros en busto, como efigies de moneda; mudos los unos, hablando otros con voz que resuena en nuestra alma apenas se nos presenta su imagen; formas de desconocidos con quienes cambiamos pocas palabras, ó cortesías silenciosas, ó también solamente una mirada con la que nos expresamos mútuamente el deseo de conocernos y la pena de separarnos. Y sería útil fijar en la memoria, volviendo á pensar en ellas y aun anotándolas con la pluma, estas apariciones humanas que son como palabras dulces y confortadoras que la gran voz confusa de la humanidad nos dice, notas suaves cogidas al vuelo en el inmenso rumor de las batallas y de las tempestades

de la existencia. Juntamente con las personas familiares á quienes amamos son estas fantasmas amables las que forman la cohorte guardiana de nuestro optimismo; en medio de la cual nos refugiamos con el pensamiento en los días de rabia y de desconsuelo, para salvarnos de las tentaciones del odio y defender lo que nos queda de bueno en el corazón.

*

De estas simpatías se encuentran en todo lugar y en toda clase de gentes, y es razonable argumentar que habríamos encontrado en doble número si hubiéramos vivido en un círculo social mayor del doble de aquel en que hemos vivido y así sucesivamente; pues que á todo el que se pregunte que viva lejos de nosotros, nos responderá que también él conoce un cierto número de personas simpáticas á quienes le ocurre encontrar frecuentemente. Pues bien, semejante multiplicación debemos nosotros hacerla con el pensamiento para confiar en la humanidad; que es como decir: hacer lo

contrario de lo que suele hacer el pesimista, el cual no multiplica en su imaginación más que las caras antipáticas. Es cierto que de estas encuentra á su alrededor un mayor número del que á nosotros se nos presentan; pero el suyo es un juicio subjetivo como el nuestro; porque si la simpatía nace de un reflejo que se ve en los demás, de nuestra propia alma, ¿cómo ha de poder él, predispuesto á la malevolencia, ver reflejado en bondad y en nobleza sobre el semblante de sus semejantes su mirada fría y hostil? Contesta el pesimista que él era lo mismo que nosotros antes de haber alcanzado experiencia de los hombres, y que esta es la que le ha hecho cambiar. Puede ser: pero ¡qué extraño! La experiencia de la maldad humana que á todos se nos ofrece con más frecuencia que la bondad, poco ó nada puede sobre quien tiene vuelto el rostro más hacia la benevolencia que hacia la aversión; porque siempre en estos, después de cada desengaño, renace la ilusión por la necesidad que sienten de mantenerla viva, no pudiendo acomodarse á la vida sin ella

como elemento inexcusable de su felicidad. Y si el pesimista replica:—Por consiguiente vuestra ilusión es voluntaria ¿qué importa? Quizá no necesita él también ilusiones para vivir y no se las crea, ya que no por otra cosa con respecto á sí mismo, que para poderse creer con derecho á despreciar al prójimo, ó con respecto á contadísimas personas á quienes excluye del desprecio universal, para quitar á éste la apariencia de una pasión ciega? No estamos todos fabricándolas continuamente, sin cansarnos jamás, con tantos más sutiles artificios cuanto más nos alejamos de la edad en que nacen espontáneamente? Y cuando las ilusiones son tales que embelleciéndonos la vida, sirven á los demás, por qué hemos de rechazarlas y renunciar á ellas, imitando al insensato que se tapa los oídos para no oír la música por la razón de que ella trasporta su espíritu fuera de la realidad de la vida?

*

Pocas simpatías imprevistas las cambia la suerte en amistades; estas no suelen nacer más que de la costumbre, y no pocas después de un largo período de contrastes y de reconciliaciones. Frente á ellas las amistades nacidas de la simpatía son como los matrimonios por amor con respecto á los de conveniencia. Su procedimiento es rapidísimo, puesto que todo está por ambas partes admirablemente dispuesto. Para encontrar un *modus vivendi* con otros se ha bregado años y años, y con este recién venido nos sentimos de repente unidos á él con cien lazos sutiles y muy flexibles, que nos aprietan y nos dejan sin embargo á nuestras anchas al mismo tiempo, y resisten sin exigir cuidado de preservación alguna. Bastan toques de ensayo, y en ambos responde la misma nota al mismo toque como en dos instrumentos de música bien afinados. A veces también ocurre lo contrario: descubrimos entre nosotros muchas discordancias imprevistas de ideas y de gustos; que no son irreductibles, porque debajo de ellas sentimos una fuerza mayor, casi un vínculo de parentela que nos mantiene unidos. En todas las edades encontra-

mos alguno de estos amigos preparados por la naturaleza y que se nos presentan al acaso, de improviso ocupando uno de los lugares más inmediatos á nosotros, con sorpresa de nuestros íntimos, que por lo general les acogen de mala gana, como aventureros de la amistad, usurpadores de sus antiguos derechos. Qué agradecidos son sobre todo en la edad madura, estos que acaban de llegar por el atajo de la simpatía! Pensábamos no poder tener ya ningún agradable encuentro en la vida y la suerte nos dice:—Ahí tienes uno más de tu familia.—Quizá llega demasiado tarde si no se quiere ya recibir á nadie más; se le hace una cortés acogida y no se le vuelve á abrir la puerta; pero no sin pesar de que no se haya vuelto á presentar pasado algún tiempo. Y sin embargo, aun cuando se haya llegado á este extremo, se está continuamente en una especie de espectación ansiosa de que alguien se presente. Es esto tan cierto, que reflexionando sobre ello lo pasaríamos mal si tuviéramos absoluta certeza de que en todo lo que nos resta de vida no habíamos de

conocer á persona alguna que nos pueda inspirar un sentimiento de amistad. Hay en esta facultad de la simpatía como una promesa constante de alguna aparición inesperada y agradable, que nos ensanche y coloree con una luz vaga el horizonte estrecho y torvo del porvenir.

*

Todos pasamos con respecto á este sentimiento por tres períodos, de los cuales el primero y el último, se asemejan como el crepúsculo de la mañana y el de la tarde; y el período intermedio es una estación muerta. En la primera juventud, cuando el mundo nos tiende en amistosa actitud aquella mano (que luego crispará para arañarnos y cerrará para golpearnos), y rendido muestra que como un señor nos acoje y llama, estamos abiertos y prontos á la simpatía como al amor: toda cara que nos sonríe nos es simpática, porque todo lo que nos dice de bueno y de hermoso la figura humana, lo creemos; y también porque verdaderamente tratando con jóvenes, el hombre se

finge mejor por conservar la estima y la benevolencia inmerecida de quien sabe que en su alma llena de ilusiones tiene amplia cabida. Más tarde, habiendo sufrido el primer desengaño de la hipocresía y de la miseria humana, desilusionados y ofendidos, nos echamos por resentimiento en el extremo opuesto, y sospechando casi siempre el engaño nos inclinamos á decir á toda cara simpática:—Tú mientes.—Pocos son los que logran vencer nuestra desconfianza; ménos aquellos hacia quienes nos sentimos arrastrados á la primera mirada, como en el pasado, por un impulso benévolo es la estación en que florece la planta de la antipatía.

Llegados á la edad madura sin embargo y habiendo adquirido una mayor experiencia de la vida y comprendiendo que el alma humana es un abismo oscuro lleno de contradicciones y de misterios, volvemos á abrir el corazón á la simpatía como en los primeros años; no porque renazcan en nosotros las ilusiones de aquel tiempo, sino porque precisamente de la comparación de

gran mal cuya existencia hemos reconocido en el mundo con el poco bien que en nuestra imaginación brilla, adquiere este mayor valor en nuestro concepto; porque el mejor conocimiento de los dolores y de las miserias comunes y la conciencia adquirida de nuestros defectos y el recuerdo de nuestros errores nos hacen más indulgentes para las debilidades y para los defectos agenos; porque reconocemos que toda superioridad de la mente; que la fuerza del carácter, que la doctrina, que la experiencia misma, que todo en suma es vano, estéril, mentiroso, si no conduce á la tolerancia, á la benignidad, á la dulzura; porque sentimos como una necesidad de acercarnos á aquella humanidad de la cual estamos á punto de separarnos dejándole nuestros hijos y nuestras esperanzas, y de la cual si hemos recibido ofensas y dolores, de ella nos han venido los mayores goces que la vida nos ha procurado! Otra vez entonces, ante nuestra mirada de jueces tranquilos en quienes al entusiasmo antiguo ha sucedido la piedad que embellece también su objeto propio,

vuelven otra vez á presentarse con frecuencia las caras que despiertan simpatía, y más fácilmente, como en la juventud, nos satisfacemos con la primera impresión absteniéndonos de indagaciones, que traen el peligro de la desilusión, y amamos también el engaño sospechado ó sufrido como una esperanza consoladora.

*

Quien pretendiera clasificar las simpatías, tendría que poner en primer lugar á las simpatías tristes, engendradas por la piedad, que en las almas nobles son las más frecuentes y las más francas y profundas en cualquiera edad de la vida. Abarcan estas una familia muy variada de gentes de todas edades y castas; en la cual están personas desconocidas que solemos encontrar en determinados sitios, á ciertas horas, siempre con aquella señal de dolor inmóvil en el semblante; solitarios abrumados por la vida, que han rendido las armas, que nada piden ya al mundo, que ceden el paso á todos, humildes, como gentes que se con-

sideran de una raza inferior y quieran hacerse perdonar la propia existencia; caras de almas resignadas desde la infancia á una suerte inícua, que tienen todas las delicadezas para sufrir y ninguna fuerza para defenderse; y parece que al que encuentran á su paso no le piden más que no les tropiecen ni se burlen de ellos. Son á la vez víctimas manifiestas de duras tiranías domésticas, enfermeros pacientes y amorosos de padres inválidos, muchachas honradas y dulces, ajadas, sin amor al servicio de madres egoístas y pobres seres apenas tolerados en su propia casa, donde comen el pan de la humillación y son el estropajo de todos, y padres de familia desdichados para quienes la casa es un infierno y la calle un refugio. Y son también empleadillos miserables y vejados, á quienes la constante sumisión y el terror de perder el pan han encorcado á la vez que el espinazo el alma débil y buena; soldados ingenuos y rústicos, que con sus ojos tristes están diciendo que son el «hazme-reir» y los mártires de la compañía; pobres jóvenes afligidos y envi-

lecidos visiblemente por una deformidad que hace sonreír al que pasa; maridos torturados, mujeres infelices, enfermos sin esperanza, esclavos deshechos por el trabajo, restos de hombres triturados por la sociedad y por la fortuna, que sin embargo conservan en su mirada dolorosa la dulzura de un corazón no entristecido por la desgracia.

Todos les reconocemos al encontrárnoslos por la calle, y sospechamos lo que en su interior pasa, y pensamos en ellos estando lejos, y sentimos por ellos una simpatía llena de piedad; pero de piedad amistosa, fraternal, la cual sufre de no poderse expresar en actos y en palabras, de no poder hacer otra cosa cuando pasan á nuestro lado, que besarles en la frente con una mirada.

*

Frente á este hay otro orden de simpatías que podríamos llamar «la simpatía sonriente.» Los que nos la inspiran son en cierto modo los graciosos de la gran compañía dramática humana, ejemplares dispersos de una humanidad más alegre que la

nuestra, caídos del cielo como por casualidad en este mundo melancólico. Quién no ha conocido alguno, cuyo sólo recuerdo le hace sonreír, aun en medio del dolor? La naturaleza por lo general les ha dado una máscara cómica; mas á no pocos también una cara grave, en la cual no se descubre indicio alguno de su índole. Estos son los más agradables porque la alegría de su espíritu tiene mayor eficacia al llegarnos inesperada, como las salidas bufas de los sonetos serios, y por el trato continuo de ella con sus modales, casi siempre estudiadamente conformes, por razón artística con su aspecto. Una mirada, un gesto, un movimiento de la boca les da á conocer. En medio de una multitud agrupada de improviso por un accidente, solo con un movimiento, muchas veces con una sola palabra hacen estallar lo que Leopardi llamó «la locura pasajera.» Se les reconoce en las tablas donde su buen humor invencible, rebelde al drama lacrimoso, se pega á todos los que están cerca, y muchas veces un gesto sencillo de su rostro rompe en un grupo de es-

de la existencia. Juntamente con las personas familiares á quienes amamos son estas fantasmas amables las que forman la cohorte guardiana de nuestro optimismo; en medio de la cual nos refugiamos con el pensamiento en los días de rabia y de desconsuelo, para salvarnos de las tentaciones del odio y defender lo que nos queda de bueno en el corazón.

*

De estas simpatías se encuentran en todo lugar y en toda clase de gentes, y es razonable argumentar que habríamos encontrado en doble número si hubiéramos vivido en un círculo social mayor del doble de aquel en que hemos vivido y así sucesivamente; pues que á todo el que se pregunte que viva lejos de nosotros, nos responderá que también él conoce un cierto número de personas simpáticas á quienes le ocurre encontrar frecuentemente. Pues bien, semejante multiplicación debemos nosotros hacerla con el pensamiento para confiar en la humanidad; que es como decir: hacer lo

contrario de lo que suele hacer el pesimista, el cual no multiplica en su imaginación más que las caras antipáticas. Es cierto que de estas encuentra á su alrededor un mayor número del que á nosotros se nos presentan; pero el suyo es un juicio subjetivo como el nuestro; porque si la simpatía nace de un reflejo que se ve en los demás, de nuestra propia alma, ¿cómo ha de poder él, predispuesto á la malevolencia, ver reflejado en bondad y en nobleza sobre el semblante de sus semejantes su mirada fría y hostil? Contesta el pesimista que él era lo mismo que nosotros antes de haber alcanzado experiencia de los hombres, y que esta es la que le ha hecho cambiar. Puede ser: pero ¡qué extraño! La experiencia de la maldad humana que á todos se nos ofrece con más frecuencia que la bondad, poco ó nada puede sobre quien tiene vuelto el rostro más hacia la benevolencia que hacia la aversión; porque siempre en estos, después de cada desengaño, renace la ilusión por la necesidad que sienten de mantenerla viva, no pudiendo acomodarse á la vida sin ella

pectadores el efecto de una escena patética que conmueve á todos los demás. En fuerza de su humor, muchos de ellos, de condición humilde, se ganan la amistad de hombres poderosos y aburridos, que nadie más que ellos consiguen divertir; y van adelante en ciertas carreras sólo en gracia de esta simpatía cómica que inspiran; y salen de muchos pasos difíciles en los cuales otros se atascan, aplacando con una palabra la cólera de los superiores, haciendo reír á los jueces en los tribunales, riéndose inocentemente de los enemigos, que al reír ellos dejan caer las armas de la mano. Y no se deriva tan sólo del efecto agradable que en nosotros produce la simpatía que ellos despiertan; sino del fondo de bondad y de franqueza infantil que bulle bajo aquella sonrisa; porque el malo y el disimulado no tienen una risa que se comunique, ni una jovialidad tan constante y serena; y es más fácil hacer llorar á quien ríe con frecuencia, que no á quien no ríe jamás. Son el consuelo público, portaestandartes de la travesura, caricaturistas amables del género

humano; á quienes la naturaleza ha confiado el oficio de representar la parte bufa de la vida para amonestarnos á que no tomemos con demasiada seriedad nuestras miserias, ni aun á nosotros mismos. A muchos de ellos no les conocemos más que de cara y por su reputación; pero basta á regocijarnos sólo su aspecto que nos trae á la memoria amigos y conocidos de la misma estampa, y horas divertidísimas, grandes y sanas risotadas de otros tiempos; así que, al encontrar su mirada, tenemos que volver la cabeza para esconder la sonrisa, que podría parecer de burla cuando es de simpatía; de una simpatía viva que nos hace buscar á veces por caminos indirectos y con muchas instancias, como si se tratara de hombres célebres, su alegre amistad.

•

Las más vivas para todos y en cualquiera edad, son las simpatías femeninas, y se sobrentiende las simpatías puras: un sentimiento que es respecto del amor, lo que el alba al día; pero un alborear inmóvil al